

EL PROBLEMA DEL MAL Y LA EXISTENCIA DEL DEMONIO (I)

¿Cuáles son las mayores necesidades de la Iglesia?

No les asombre como simplista o aún más, como supersticiosa e irreal nuestra respuesta: una de las mayores necesidades de la Iglesia es la defensa de aquel mal que llamamos demonio.

Antes de aclarar nuestro pensamiento les invitamos a que abran el suyo a la luz de la fe sobre la visión de la vida humana, visión que desde tal punto de observación se extiende inmensamente y penetra hasta singulares profundidades. A decir verdad, el cuadro que somos invitados a contemplar con realismo global es muy hermoso. Es el cuadro de la creación, la obra de Dios que Dios mismo, como espejo exterior de su sabiduría y su potencia, admiró en su belleza sustancial (Cf. Gen 1,10 ss.)

1. LA VISIÓN CRISTIANA DEL COSMOS Y DE LA VIDA ES TRIUNFALMENTE OPTIMISTA

Es también muy interesante el cuadro de la dramática historia de la humanidad, de la que emerge la historia de la redención,

la historia de Cristo, de nuestra salvación, con sus magníficos tesoros de revelación, de profecía, de santidad, de vida elevada a nivel sobrenatural, de promesas eternas (Cf. Ef 1,10). Si se sabe contemplar bien este cuadro es imposible no quedar fascinados (Cf. San Agustín, Soliloquios): todo tiene un sentido, todo tiene un fin, todo tiene un orden y todo deja entrever una Presencia-Trascendencia, un Pensamiento, una Vida y finalmente un Amor, de tal modo que el Universo, por lo que es y por lo que no es, se nos presenta como una preparación entusiasmante y embriagadora de algo mucho más bello y mucho más perfecto (1 Cor 2,9; 13,12; Rom 8, 19-23).

La visión cristiana del cosmos y de la vida es, pues, triunfalmente optimista; y esta visión justifica nuestra alegría y nuestro reconocimiento de vivir; por eso, cantamos nuestra felicidad celebrando la Gloria de Dios (Cf. el Gloria de la misa).

2. LA REALIDAD DEL MAL

Pero, ¿es completa esta visión? ¿Es exacta? ¿No nos importan nada las deficiencias que existen en el mundo, los desajustes de las cosas con respecto a

nuestra existencia, el dolor, la muerte, la malicia, la crueldad, el pecado, en una palabra, el mal? ¿No vemos cuánto mal hay en el mundo? Especialmente cuánto mal moral: un mal que es al mismo tiempo, aunque de forma diversa, contra el hombre y contra Dios. ¿No es quizás un triste espectáculo, un misterio inexplicable?, ¿y no somos nosotros, nosotros precisamente, los que damos culto al Verbo, los cantores del Bien, nosotros los creyentes, los más sensibles, los más turbados por la observación y por la experiencia del mal? Lo encontramos en el reino de la naturaleza donde tantas de sus manifestaciones nos parecen denunciar un desorden. Lo hallamos en el ámbito humano, donde encontramos la debilidad, la fragilidad, el dolor, la muerte y, algo todavía peor, una doble ley en conflicto continuo: la que querría el bien y la que está dirigida al mal, tormento que San Pablo pone en humillante evidencia para demostrar la necesidad y la fortuna de una gracia salvadora, esto es, de la salvación traída por Cristo (Cf. Rom 7); ya el poeta pagano había denunciado este conflicto interior en el corazón mismo del hombre: "veo lo mejor, sin embargo, sigo lo peor" (Ovidio; Met, 7,19). Hallamos el pecado, perversión de la libertad humana, y causa profunda de la muerte, porque es una separación de Dios, fuente de la vida (Rom 5,12) y después, a su vez, ocasión y efecto de una intervención en nosotros y en nuestro mundo de un agente oscuro

y enemigo: el demonio. El mal no es tan sólo una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor. Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa, quien rehusa reconocer su existencia, se sale del marco de la enseñanza bíblica y eclesiástica; como se sale también quien hace de ella un principio autónomo, algo que no tiene su origen, como toda criatura, en Dios; o quien la explica como una pseudo-realidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras desgracias.

El problema del mal, visto en toda su complejidad y su carácter absurdo respecto a nuestra racionalidad unilateral, se hace obsesionante. Constituye la más fuerte dificultad para nuestra inteligencia religiosa del cosmos. Con razón sufrió por ello durante años San Agustín: Buscaba de dónde provenía el mal y no encontraba explicación. (Confes. VII, 5,7,11, etc.: Pl 32,736,739).

3. LA EXISTENCIA DEL DEMONIO

He aquí pues, la importancia que asume el tomar conciencia del mal para nuestra correcta concepción cristiana del mundo, de la vida, de la salvación. Cristo mismo nos ha hecho advertir esta importancia. En primer lugar, en el desarrollo de la historia evangélica al principio de su vida pública. ¿Quién no recuerda la página densísima de significados de la triple tentación de

Cristo? Más tarde, en los muchos episodios evangélicos en los que el demonio se cruza en el camino del Señor y aparece en sus enseñanzas (Cf. Mt 12,43). Y ¿cómo no recordar que Cristo, refiriéndose tres veces al demonio como adversario suyo, lo califica de príncipe de este mundo? (Jn 12,31.14,30.16.11). La realidad invadente de esta nefasta presencia aparece señalada en muchísimos pasajes del Nuevo Testamento. San Pablo lo llama dios de este siglo (2 Cor 4,4), y nos pone sobre aviso con relación a la lucha en la oscuridad que los cristianos debemos sostener no sólo con un demonio, sino con una terrible pluralidad suya: *"Vístanse, dice el Apóstol, de toda armadura de Dios para que puedan resistir a las insidias del diablo, que no es nuestra lucha contra la sangre y la carne (solamente) sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires"* (Ef 6,11-12); y que no se trata de un solo demonio, sino de muchos, nos lo indican muchos pasajes evangélicos (Lc 11,21; Mc 5,9); pero el principal es uno: Satanás, que quiere decir el adversario, el enemigo; y con él muchos, todos criaturas de Dios, pero degradadas, pues han sido rebeldes y condenados (Cf. Denz. Sch. 800-428); todo un mundo misterioso, trastornado por un drama infeliz del que conocemos bien poco.

Sabemos, sin embargo, muchas cosas de este mundo diabólico, que atañen a

nuestra vida y a toda la historia humana. El demonio está en el origen de la primera desgracia de la humanidad; él fue tentador falaz y fatal del primer pecado, el pecado original (Gen 3; Sab 1,24). Desde aquella caída de Adán, el demonio ejerce un cierto dominio sobre el hombre del que sólo la redención de Cristo nos puede liberar. Es historia que dura todavía: recordemos los exorcismos del bautismo y las frecuentes referencias de la Sagrada Escritura y de la Liturgia a la agresiva y oprimiente "potestad de las tinieblas" (Cf. Lc 22,53; Col 1,13), es el enemigo número uno, el tentador por excelencia. Sabemos así que este ser oscuro y turbador existe realmente, y actúa todavía con traicionera astucia; es el enemigo oculto que siembra errores y desventuras en la historia humana.

Debemos recordar la reveladora parábola evangélica del trigo y la cizaña, síntesis y explicación del carácter ilógico que parece presidir nuestras contrastantes vicisitudes: "Esto lo ha hecho el enemigo del hombre" (Mt 13,28). Es el "homicida desde el principio... y padre de la mentira" como lo define Cristo (Cf. Jn 8,44-45); es el que insidia sofisticamente el equilibrio moral del hombre. Es él, el encantador pérfido y astuto, que sabe insinuarse en nosotros por medio de los sentidos, de la fantasía, de la concupiscencia, de la lógica utópica, o de desordenados contactos sociales en el juego de nuestro obrar, para introducir en ello desviaciones, tan nocivas como

conformes en apariencia con nuestras estructuras físicas o psíquicas, o con nuestras aspiraciones instintivas y profundas.

4. AMPLITUD DE LA ACCIÓN DIABÓLICA

Este capítulo sobre el demonio y sobre el influjo que puede ejercer, lo mismo en cada persona que en comunidades y sociedades enteras, o en los acontecimientos, será un capítulo muy importante de la doctrina católica que habría que estudiar de nuevo, mientras hoy se estudia poco. Algunos piensan que van a encontrar en los estudios psicoanalíticos y psiquiátricos o en experiencias espiritistas -hoy por desgracia son difundidas en algunos países- una compensación suficiente. Se teme recaer en viejas teorías maniqueas, o en terribles divagaciones fantásticas o supersticiosas.

Hoy el hombre prefiere mostrarse fuerte y sin prejuicios, adoptar una actitud positivista aunque después se den crédito a tantas gratuitas ideas supersticiosas, mágicas o populares, o, aún peor, se abra la propia alma -¡la propia alma bautizada, visitada tantas veces por la presencia eucarística y habitada por el Espíritu Santo!- a las experiencias licenciosas de los sentidos, a aquellas deletéreas de los estupefacientes o también a las seducciones ideológicas de los errores de moda, fisuras éstas a través de las cuales el maligno puede fácilmente penetrar y alterar la mentalidad humana. No es que todo pecado se debe

directamente a la acción diabólica (Cf. S.T. 1, 104,3); pero sin embargo, es cierto que quien no vigila sobre sí mismo con cierto rigor moral (Cf. Mt 12,45; Ef 6,11) se expone al influjo del "misterio de la iniquidad" al que San Pablo se refiere (2 Tes 2,3-12) y que hace problemática la posibilidad de nuestra salvación. Nuestra doctrina se vuelve incierta, oscurecida como está por las mismas tinieblas que circundan al demonio. Pero nuestra curiosidad, excitada por la certeza de su múltiple existencia, se hace legítima con dos preguntas: ¿Existen signos? ¿Cuáles son los medios de la acción diabólica? ¿Cuáles son los medios de defensa contra tan insidioso peligro?

5. LA ACTITUD DEL CRISTIANO: VIGILAR Y MANTENERSE FUERTE

La respuesta a la primera pregunta impone mucha cautela, aunque los signos del maligno parecen a veces evidentes (Cf. Tertuliano Apo. 23). Podremos suponer su siniestra acción allí donde la negación de Dios es radical, sutil y absurda, allí donde la mentira se afirma, hipócrita y potente, contra la verdad evidente, allí donde el amor queda apagado por un egoísmo frío y cruel, allí donde el nombre de Cristo se impugna con odio consciente y rebelde (Cf. 1 Cor 16,22; 12,3), allí donde el espíritu del Evangelio es adulterado y desmentido, allí donde la desesperación se afirma como última palabra, etc. Pero es un diagnóstico demasiado amplio y difícil, sobre el que no osamos ahora profundizar y dar por autén-

tico, pero que sin embargo no carece de dramático interés para todos, y al que la literatura moderna ha dedicado también páginas famosas (Cf. por ejemplo "Las de Bernanos", estudiadas por Ch.Moeller, Littérature du XX Siècle, I, pags. 397 ss; P.Macchi "Il volto del male in Bernanos"; cf además "Satán", Etudes Carmélitaines, DDB, 1948).

El problema del mal sigue siendo uno de los más grandes y permanentes para el espíritu humano, incluso después de la victoriosa respuesta que le da Jesucristo: "Nosotros sabemos, escribe el evangelista San Juan, que somos (hemos nacido) de Dios, mientras que el mundo todo está bajo el maligno" (1Jn 5,19).

A la segunda pregunta: ¿Qué defensa, qué remedio oponer a la acción del demonio?, la respuesta es más fácil de formular, aunque sea difícil poner en práctica. Podríamos decir: todo lo que nos defiende el pecado nos separa, por ello mismo, del enemigo invisible. La gracia es la defensa decisiva. La inocencia asume un aspecto de fortaleza. Y todos recordamos además en qué gran medida la pedagogía apostólica ha simbolizado en la armadura de un soldado las virtudes que pueden hacer invulnerable al cristiano (Cf. Rom 13,12; Ef 6, 11-14; 1 Tes 5,8). El cristiano debe ser militante; debe vigilar y ser fuerte (1 Pe 5,8) y a veces debe recurrir a algún ejercicio ascético especial para alejar determinadas incursiones diabólicas; Jesús nos lo ense-

ña indicando como remedio "la oración y el ayuno" (Mc 9,29). Y el Apóstol sugiere la línea maestra a seguir: "No te dejes vencer por el mal, antes vence al mal con el bien" (Rom 12,21; Mt 13,29).

Con conciencia, pues, de las adversidades presentes en las que se encuentran hoy las almas, la Iglesia, el mundo, nosotros intentaremos dar sentido y eficacia a la acostumbrada invocación de nuestra principal oración: "¡Padre nuestro... líbranos del mal!"

Que a ello ayude también nuestra bendición apostólica.

Pablo VI

N. de la R.: Este artículo es copia fiel del publicado en L' Osservatore Romano en su edición del 19 de Noviembre de 1972.

Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

Distribución

Editorial de la Palabra de Dios
e-mail: editorial@crisovive.org.ar
Tel: 011 - 4931-8388
www.crisovive.org.ar

Otros Números:
[Poniendo en común](#)